

# CRISTO, EL ESPOSO DEL CREYENTE

## Sermón No.12

Traducción, estudialapalabra.org

*“Porque tu marido es tu Hacedor”*

*Isaías 54:5*

Aunque los creyentes por naturaleza están alejados de Dios e hijos de la ira, como los demás, sin embargo, es asombroso pensar cuán cerca son traídos de nuevo a Él por la sangre de Jesucristo. Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón de ningún hombre viviente, para concebir plenamente, la cercanía y la carestía de esa relación, en la que se encuentran con una mente en común. No se avergüenza de llamarlos hermanos. He aquí, dice el bendito Jesús en los días de su carne, “mi madre y mis hermanos”. Y nuevamente después de su resurrección, “id y decidlo a mis hermanos”. No, a veces se complace en llamar a los creyentes sus amigos. “De ahora en adelante ya no los llamaré siervos, sino amigos”. “Nuestro amigo Lázaro duerme”. ¿Y qué es un amigo? Por qué hay un amigo que está más cercano que un hermano, es más, tan cerca como la propia alma. Y “tu amigo, (dice Dios en el libro de Deuteronomio) que es como tu propia alma”. ¡Amables y entrañables aplicaciones estas, que sin duda hablan de una unión muy cercana e inefablemente íntima entre el Señor Jesús y los verdaderos miembros vivientes de su cuerpo místico!

Pero, en mi opinión, las palabras de nuestro texto nos señalan una relación que no sólo comprende, sino que en lo que respecta a la cercanía y el cariño, supera todas las demás relaciones. Me refiero a la de un Esposo, “Porque tu Hacedor es tu esposo; el Señor de los Ejércitos es su nombre; y tu Redentor el Santo de Israel, el Dios de toda la tierra será llamado”.

Estas palabras fueron originalmente dirigidas al pueblo de los judíos, considerados colectivamente como un pueblo peculiar, a quienes nuestro Señor había desposado y casado consigo mismo; y parecen ser habladas, cuando la religión estaba en decadencia entre sus iglesias; cuando habían perdido, en gran medida, esa vida y poder, que una vez experimentaron; y sus enemigos comenzaron a insultarlos con un “¿dónde está ahora tu Dios?” Tal estado de cosas sin duda debe ser muy aflictivo para los verdaderos dolientes en Sion; y los puso a clamar al Señor, en esta su profunda angustia. Él escucha su oración, sus entrañas los anhela; y en el versículo anterior, les asegura que, aunque el enemigo se había precipitado sobre ellos como una inundación, su situación extrema debería ser su oportunidad para levantar un estandarte contra él.

“No temas, (dice el gran Cabeza y Rey de su iglesia) porque no serás avergonzado (final o totalmente); ni te avergüences (disipado o abatido, dando todo por perdido, como si nunca fueras a ver días mejores, u otro renacimiento de la religión) porque no serás (totalmente) avergonzado; aunque por un tiempo, por tu humillación, y la mayor confusión de tus adversarios, les permito triunfar sobre ti” “Porque te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y no te acordarás más del oprobio de tu viudez”, es decir, te concederé otro vendaval tan glorioso de mi bendito Espíritu, que olvidarás por completo tu anterior estado de viuda atribulada, y no darás a tus enemigos más ocasión de insultarte, a causa de tu condición infantil, sino más bien de envidiarte, rechinar los dientes, y derretirse al ver tu gloria y prosperidad inimaginables. ¿Y por qué el infinitamente grande y condescendiente Jesús tratará así a su pueblo? Porque la iglesia es su esposa; “Porque (como en las palabras que acaban de leerse) tu Hacedor es tu esposo; tu Redentor, el Santo de Israel”, y por eso los ama demasiado, como para dejar que tus enemigos te pisoteen siempre. “Jehová de los ejércitos es su nombre, Dios de toda la tierra será llamado”, y, por lo tanto, está armado con poder suficiente para aliviar a su pueblo oprimido, y vencer y vengarse de todos sus enemigos altivos e insultantes.

Esta parece ser la interpretación principal y genuina del texto y el contexto, especialmente si agregamos que pueden tener una visión más amplia de la gloria de los últimos días, y ese estado de bendición de la iglesia, que el pueblo de Dios ha estado esperando en todas las épocas, y por el rápido acercamiento del cual, indudablemente oramos, cuando presentamos la petición de nuestro Señor, "venga tu reino".

Pero, aunque las palabras se dirigieron originalmente a los judíos, sin duda son aplicables a todos los creyentes en todas las épocas, y, cuando se amplían de manera adecuada, nos proporcionarán un tema de conversación adecuado tanto para los pecadores como para los santos, para los que conocen a Dios, así como para los que no lo conocen; e igualmente para aquellos, que una vez caminaron a la luz de Su rostro bendito, pero ahora se han apartado de él, tienen sus arpas colgadas en los sauces, y temen que su amado se haya ido, y no regrese más a sus almas. En consecuencia, sin prologar más este discurso, como supongo que una multitud mixta de santos, pecadores inconversos y reincidentes, están presentes aquí hoy, trataré de hablar de las palabras del texto, para que cada uno pueda tener una porción adecuada y ninguno se vaya con las manos vacías.

Al llevar a cabo este propósito, me esforzaré por:

- I. Mostrar lo que debe pasar entre Jesucristo y nuestras almas antes de que podamos decir “que nuestro Hacedor es nuestro esposo”.
- II. Los deberes de amor que deben a nuestro Señor, para quienes están en una relación tan cercana a Él.

III. La condición miserable de aquellos que aún no pueden decir "su Hacedor es su esposo".

IV. Concluiré con una exhortación general a todas esas almas infelices, para que vengan y se unan al amado Señor Jesús. y ¡oh! ¡Que el Dios que bendijo al siervo de Abraham, cuando salió a buscar mujer para su hijo Isaac, me bendiga también a mí, ahora que he venido con confianza en la fuerza divina, para invitar a los pobres pecadores y llamar a los rebeldes, a mi Maestro Jesús!

**1.** Y primero, debo mostrar lo que debe pasar entre Jesucristo y nuestras almas antes de que podamos decir: "Nuestro Hacedor es nuestro esposo".

Pero antes de proceder a esto, puede que no sea impropio observar que si alguno de ustedes, entre quienes ahora estoy predicando el reino de Dios, es enemigo de la religión interna y explotan la doctrina de los sentimientos internos, como entusiasmo y necedades, no me sorprenderá que sus corazones se levanten contra mí mientras estoy predicando; porque estoy a punto de disertar sobre la piedad verdadera, vital, interna; y un apóstol inspirado nos ha dicho, "que el hombre natural no discierne las cosas del espíritu, porque se disciernen espiritualmente". Pero, sin embargo, sé noble como lo fueron los bereanos; escudriñad las Escrituras como ellos; dejar de lado los prejuicios; escuchar como Natanael, con un verdadero oído israelita; estar dispuesto a hacer la voluntad de Dios; y entonces, de acuerdo con la promesa de nuestro amadísimo Señor, "sabréis de la doctrina, si es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta".

Además, quisiera observar que, si alguno de los aquí presentes espera una excelente predicación de mí este día, con toda probabilidad se irá desilusionado. Porque no vine aquí para apuntar a las cabezas de la gente; sino que, si el Señor se complace en bendecirme, llegaré a sus corazones. En consecuencia, me esforzaré por revestir mis ideas en un lenguaje tan sencillo como el del más humilde sirviente, si a Dios le place concederle que me preste atención, entonces pueda entenderme; porque estoy seguro de que, si los pobres y los ignorantes pueden comprender, los eruditos y los ricos deben hacerlo.

Siendo esta la premisa, procedemos a mostrar lo que debe pasar entre Jesucristo y nuestras almas, antes de que podamos decir: "nuestro Hacedor es nuestro esposo".

Ahora bien, para que podamos hablar de manera más pertinente e inteligible sobre este punto, puede no estar fuera de lugar considerar lo que es necesario hacer antes de que un matrimonio entre dos partes entre nosotros pueda decirse que es válido a la vista de Dios y hombres. Y eso nos llevará a una manera familiar, para mostrar lo que debe hacerse, o lo que debe pasar entre nosotros y Jesucristo, antes de que podamos decir: "nuestro Hacedor es nuestro esposo".

Y primero, en todos los matrimonios legítimos, es absolutamente necesario que las partes que se unirán en ese santo y honorable estado estén real y legalmente libres de todo compromiso previo. "La mujer está ligada a su marido (dice el apóstol) mientras su marido vive". La misma ley es válida con respecto al hombre. Y así igualmente, si cualquiera de las partes está desposada y prometida, aunque no esté realmente casada con otro, el matrimonio no es lícito, hasta que el compromiso previo y la promesa se disuelvan justa y mutuamente. Ahora bien, así es entre nosotros y el Señor Jesús. Porque todos somos por naturaleza nacidos bajo la ley y casados con ella, como un pacto de obras. Por eso es que nos gusta tanto y nos dedicamos astutamente a establecer una justicia propia. Es tan natural para nosotros hacer esto, como lo es respirar. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, incluso después de que el pacto de gracia les fue revelado en esa promesa, "la simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente", extendieron sus manos y nuevamente se habrían asido del árbol de la vida, que habían perdido, si Dios no los hubiera expulsado del paraíso, y los obligara, por así decirlo, a ser salvos por la gracia. Y así todos sus descendientes naturalmente corren y quieren ser salvados, al menos en parte, si no totalmente, por sus obras. E incluso las almas llenas de gracia, que se renuevan interiormente, en la medida en que el viejo hombre permanece en ellas, encuentran una fuerte propensión a este camino. Por eso es que los hombres naturales son generalmente tan aficionados a los principios arminianos. "Haz y vive", es el idioma nativo de un corazón orgulloso y santurrón. Pero antes de que podamos decir: "nuestro Hacedor es nuestro marido", debemos ser librados de nuestro antiguo marido, la ley; debemos renunciar a nuestra propia justicia, a nuestros propios hechos y obras, en el punto de dependencia, ya sea en todo o en parte, como estiércol y escoria, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús nuestro Señor. Porque así habla el apóstol Pablo a los Romanos, capítulo 7:4, "Vosotros también sois muertos a la ley (como pacto de obras) por el cuerpo de Cristo, para que os caséis con otro, sí, con aquel que ha resucitado de entre los muertos." Como también dice en otro lugar: "Yo te he desposado como una virgen pura con Jesucristo". Este fue el caso del propio apóstol. Mientras confiaba en ser hebreo de hebreos, y se creía seguro, porque, en cuanto a la observancia exterior de la ley, era irreprochable; era un completo extraño a la vida divina, pero cuando comenzó a experimentar el poder de la resurrección de Jesucristo, lo encontramos, en su epístola a los Filipenses, renunciando absolutamente a todos sus privilegios externos, y a toda su justicia farisaica; "Sí, sin duda, y estimo todas las cosas como pérdida, más aún, como estiércol, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Jesucristo, la justicia que es de Dios por la fe." Y así debe ser con nosotros antes de que podamos decir, "nuestro Hacedor es nuestro esposo". Aunque no seamos forzados de esa manera extraordinaria en la que lo fue el apóstol, debemos estar muertos a la ley, debemos desposarnos como vírgenes castas con Jesucristo, y contar todos los privilegios externos y nuestras obras más espléndidas (como se observó antes) solamente "como estiércol y escoria, por la excelencia del conocimiento de Jesucristo nuestro Señor".

Pero además de esto; antes de que un matrimonio entre nosotros pueda ser válido ante la ley, ambas partes no solo deben estar libres de todos los compromisos previos, sino que debe haber un consentimiento mutuo de ambas partes. No estamos acostumbrados a casarnos con personas en contra de su voluntad. Esto es lo que los judíos llamaban desposarse, como algo anterior a la solemnidad del matrimonio. Así encontramos que se dice que la Virgen María estuvo desposada con José, antes de que realmente se unieran, Mat. 1:18. Y así es entre nosotros. Ambas partes están de antemano acordadas y, por así decirlo, desposadas entre sí, antes de que publiquemos, lo que llamamos las amonestaciones de matrimonio que les conciernen. Y así será en el matrimonio espiritual, entre Jesucristo y nuestras almas. Antes de que estemos realmente casados o unidos a él por la fe; o, para apegarnos a los términos del texto, antes de que podamos decir con seguridad que "nuestro Hacedor es nuestro marido", debemos ser personas dispuestas en el día del poder de Dios, debemos ser dulce y eficazmente persuadidos por el Espíritu Santo de Dios, que el glorioso Emanuel esté dispuesto a aceptarnos, tal como somos, y también que nosotros estamos dispuestos a aceptarlo en sus propios términos, sí, en cualquier término. Y cuando se llega a esto, el matrimonio espiritual avanza a buen ritmo, y solo falta una cosa para completarlo. ¿Y qué es eso? Una unión real.

Por lo que se ha dicho, que la persona más pobre y analfabeta aquí presente no sepa fácilmente si está o no realmente casada con Jesucristo. Algunos de hecho, me temo, son tan presuntuosos como para afirmar, al menos para insinuar, que no existe tal cosa como saber, o estar completamente seguros, mientras estamos aquí abajo, si estamos en Cristo o no. O al menos, si tal cosa existió, es muy rara, o fue sólo privilegio de los primitivos creyentes. Parte de esto es cierto, y parte absolutamente falso. Que este glorioso privilegio de una plena seguridad es muy raro, es también, demasiado cierto. Y también es muy cierto que los verdaderos cristianos, comparativamente hablando, también son muy raros.

Pero que no exista tal cosa, o que esto fue solo privilegio de los primeros seguidores de nuestro bendito Señor, es directamente opuesto a la palabra de Dios. "Sabemos (dice San Juan, hablando de los creyentes en general) que somos suyos, por el espíritu que nos ha dado"; y, "El que cree, tiene el testimonio de sí mismo"; "porque sois hijos (dice San Pablo) Dios ha enviado su Espíritu a vuestros corazones, el espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre". No es que me atreva a afirmar que no hay un verdadero cristiano, pero tiene que poseer la plena seguridad de fe, y claramente saber, que su Hacedor es su esposo. Al hablar así, indudablemente debería condenar a algunos de la generación de los amados hijos de Dios, quienes a través de la prevalencia de la incredulidad, el pecado que mora en ellos, la pereza espiritual, o quizás, por falta de ser informados de los privilegios de los creyentes, pueden caminar en la oscuridad, y no ven luz; por lo tanto, aunque no me atrevo a afirmar que una plena seguridad de fe es absolutamente necesaria para el mismo ser, me atrevo a afirmar que es absolutamente necesaria para el bienestar de un cristiano.

Y, por mi parte, no puedo concebir cómo cualquier persona que pretenda ser cristiana pueda descansar satisfecha o contenta sin ella. Esto es detenerse en seco, de este lado del Jordán, con un testigo. Y da a otros, demasiadas razones para sospechar que tales personas, por muy alta que sea su profesión, no tienen, hasta el momento, ninguna gracia salvadora verdadera.

Los hombres cuyos corazones están puestos en los bienes de este mundo, o, para usar el lenguaje de nuestro Señor, "los hijos de este mundo", no actúan así. Supongo que apenas hay un solo comerciante en esta gran congregación, especialmente en estos tiempos turbulentos, que se aventure a salir con su barco o su cargamento, sin antes asegurar ambos contra la violencia de un enemigo o una tormenta. Y supongo que apenas hay una sola casa, de un valor considerable, en cualquier pueblo o ciudad populosa, sin que el propietario haya sacado una póliza de la oficina de bomberos, para asegurarla, en caso de incendio. ¿Y puedo ser tan irracional como para pensar que existe tal cosa como asegurar mis bienes y mi casa, y que no existe tal cosa como asegurar, lo que es infinitamente más valioso, mi alma preciosa e inmortal? O si existe tal cosa, como indudablemente la hay, qué locura de locura debe ser en los hombres, que pretenden ser hombres de talento, de buen sentido y de sólido razonamiento, para estar tan ansiosos de asegurar sus barcos contra un tormenta, y sus casas contra un incendio, y al mismo tiempo, para no ser indeciblemente más solícitos, sacar una póliza de la oficina de seguridad del cielo, en el testimonio del bendito Espíritu de Dios, para asegurar sus almas contra esa tormenta de la ira divina, y esa venganza del fuego eterno, que en el último día decisivo vendrá sobre todos aquellos que no conocen a Dios, y no han obedecido Su evangelio de gracia. Afirmar, por lo tanto, que no existe tal cosa como saber, que "nuestro Hacedor es nuestro esposo;" o que fue un privilegio peculiar de los primeros cristianos, para hablar en los términos más suaves, es tanto irracional como anti bíblico. No es que todos los que pueden decir que su Hacedor es su marido, puedan dar el mismo relato claro y distinto del tiempo, la manera y los medios de estar espiritualmente unidos y casados por la fe, con el bendito esposo de la iglesia. Algunos pueden estar ahora, así como antes, santificados desde el vientre, y otros en su infancia y sin edad, por así decirlo, convertidos en silencio. Eso tal vez pueda decir, con una doncellita escocesa, ahora con Dios, cuando le pregunté si Jesucristo le había quitado su viejo corazón y le había dado uno nuevo. "Señor, puede ser, (dijo ella), no puedo decirle directamente la hora y el lugar, pero esto lo sé, ya está hecho". Y ciertamente no es tan material, aunque sin duda es muy satisfactorio, si no podemos relatar todas las circunstancias minuciosas y particulares que asistieron a nuestra conversión; si es así, estamos verdaderamente convertidos ahora y podemos decir que la obra está hecha y que "nuestro Hacedor es nuestro esposo". Y cuestiono, si hay un solo creyente adulto, ahora en la tierra, que vivió antes de la conversión, ya sea en un curso de pecado secreto o abierto, pero que puede, en buena medida, dar cuenta del comienzo y progreso de una obra de gracia en su corazón.

¿Qué os parece? ¿Necesito decirles a mis personas casadas en esta congregación que deben ir a la universidad y aprender los idiomas antes de que puedan saber si están casados o no? O, si se dudara de su matrimonio, ¿no podrían, piense usted, traer sus certificados, para constatar la hora y el lugar de su matrimonio; y el ministro que los unió en ese estado santo? Y si sois adultos, y en verdad estáis casados con Jesucristo, aunque seáis ignorantes y lo que el mundo llama hombres analfabetos, ¿no podéis decirme el surgimiento, el progreso y la consumación del matrimonio espiritual entre Jesucristo y vuestras almas? ¿No conoces el tiempo, cuando estabas primero bajo la atracción del Padre, y Jesús comenzó a cortejarte para sí mismo? Dime, oh hombre, dime, oh mujer, no sabes el tiempo, o al menos, no sabes, que hubo un tiempo, cuando el bendito Espíritu de Dios te despojó de las hojas de higuera de tu propia justicia, ¿Te persiguió entre los árboles del jardín de sus obras, te arrancó de los brazos de tu anciano esposo, la ley, y te hizo aborrecer tu propia justicia, como a tantos trapos de inmundicia? ¿No puedes recordar cuando, después de una larga lucha con la incredulidad, Jesús se te apareció, como todo hermoso, poderoso y dispuesto a salvar? ¿Y no puedes reflexionar sobre una temporada, cuando tu propio corazón obstinado se doblegó; y te diste a abrazarlo, como se te ofrece gratuitamente en el evangelio eterno? ¿Y no puedes, con un placer indecible, reflexionar sobre algún período feliz, algún punto determinado del tiempo, en el que algo sagrado (quizás entonces no podrías decir bien qué) cautivó y llenó tu corazón, de modo que pudiste decir, en un raptó de santa sorpresa y éxtasis de amor divino, “¡Señor mío y Dios mío! Mi amado es mío, y yo soy suya; yo sé que mi Redentor vive”; o, para apegarnos a las palabras de nuestro texto, “Mi Hacedor es mi esposo”. Seguramente, en medio de esta gran y solemne asamblea, hay muchos que pueden responder afirmativamente a estas preguntas. Porque estas son transacciones que no se olvidan fácilmente; y el día de nuestros esponsales es, generalmente, un día muy notable; un día para recordar eternamente.

¿Y puede alguno de vosotros, en verdad, con buenas razones decir, que vuestro Hacedor es vuestro marido? ¿No puedo entonces (como es costumbre desear alegría a las personas que acaban de entrar en el estado matrimonial) felicitarte por tu feliz cambio y desearte alegría, con todo mi corazón? Seguro estoy de que hubo alegría en el cielo el día de vuestros esponsales, ¿y por qué la bendita noticia no ha de causar alegría en la tierra? ¿No puedo dirigirme a vosotras con el lenguaje de nuestro Señor a las mujeres que vinieron a visitar su sepulcro: “¡Saludad todas!”, porque sois muy favorecidas? ¡Benditas sois entre los hombres, bendito seas entre las mujeres! Todas las generaciones os llamarán bienaventuradas. ¡Qué! “¿Es tu Hacedor tu marido? ¿El santo de Israel tu Redentor? ¡Cantad cielos, y regocijaos, tierra! ¡Qué asombroso es esto! ¡Qué cosa nueva ha creado Dios en la tierra! ¿No arde vuestro corazón, oh creyentes, dentro de vosotros, al meditar en esta indecible condescendencia del alto y sublime que habita la eternidad? Mientras meditáis, ¿no se enciende en vuestras almas el fuego sagrado del amor divino? Y, de la abundancia de vuestros corazones, ¿no habláis a menudo con vuestras lenguas, e invocáis todo lo que está dentro de vosotros, para alabar y magnificar el santo nombre de vuestro Redentor?

¿No es esa expresión que exalta a Dios y que se rebaja a sí mismo con frecuencia en sus bocas: “¿Por qué yo, Señor, por qué yo?”? ¿Y no os veis a menudo obligados a prorrumpir en esa devota exclamación de Salomón, cuando la gloria del Señor llenó el templo: “Y Dios, en verdad, morará con el hombre” hombre ingrato, rebelde, enfermo y merecedor del infierno? ¡Oh, hermanos míos, mi corazón se ensancha hacia vosotros! Las lágrimas, mientras hablo, están listas para brotar, pero son lágrimas de amor y alegría. ¿Cómo le daré rienda suelta? ¿Cómo expondré tu felicidad, oh creyente, tú, esposa de Dios! ¿Y tu Hacedor es tu marido? ¿Es su nombre “El Señor de los ejércitos”? ¿A quién, pues, debes temer? ¿Y es tu Redentor el santo de Israel? ¡El Dios de toda la tierra debería ser llamado! ¿De quién, pues, debes temer? El que te trata a ti, trata la misma niña de los ojos de Dios. “Los mismos cabellos de tu cabeza están todos contados;” y “mejor es que un hombre tenga atada una piedra de molino alrededor de su cuello, y se ahogue en el mar, que te ofenda con justicia”.

¡Salve, (debo repetirlo de nuevo) tú, novia del Cordero! Porque eres toda gloriosa por dentro y hermosa, a través de la hermosura que tu celestial esposo ha puesto sobre ti. Tu vestido es a la verdad de oro labrado; y, dentro de poco, el Rey te sacará con un vestido bordado, y te presentará sin mancha ante su Padre, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante. Mientras tanto, os irá bien y seréis felices los que estáis casados con Jesucristo, porque todo lo que Cristo tiene, es vuestro. “Él es hecho de Dios para vosotros, sabiduría, justicia, santificación y eterna redención”. “Ya sea Pablo, o Cefas, o el mundo, o la vida, o la muerte, o lo presente, o lo por venir; todos son tuyos”. Todos sus atributos están comprometidos para vuestra preservación, y todas las cosas cooperarán para vuestro bien, los que amáis a Dios, y, estando así casados con el Señor Jesús, deis una prueba evidente de que sois llamados conforme a Su propósito. ¿Qué dices? Cuando meditas en estas cosas, ¿no estás frecuentemente listo para clamar: ¿Qué pagaremos al Señor por todas estas misericordias que, por su gracia gratuita e inmerecida, se ha complacido en otorgarnos? Porque, aunque estáis muertos a la ley, como pacto de obras, estáis vivos a la ley como regla de vida, y estáis en, o bajo la ley (porque ambas expresiones parecen denotar lo mismo) para vuestro Esposo glorioso, Jesucristo.

**2.** Pasemos, pues, al segundo encabezado general, bajo el cual debía mostrar, qué deberes de amor deben a Jesucristo, los cuales son tan felices de poder decir: “Mi Hacedor es mi esposo”. Digo, deberes de amor. Porque estando ya casados con Jesucristo, no trabajáis para la vida, sino de la vida.

El amor de Dios os constriñe, de modo que, si no hubiera ley escrita, o suponiendo que Jesús os librara de su yugo, en cuanto la gracia prevalece en vuestros corazones, diríais: Amamos a nuestro bendito esposo, y no nos alejaremos de Él.

¿Y qué requiere el Señor de ti? Para que podamos hablar sobre este punto tan claramente como sea posible, seguiremos el método con el que comenzamos; y, continuando con la alegoría, y examinando lo que se requiere de las esposas verdaderamente cristianas, bajo el evangelio, inferir lo que nuestro Señor puede demandar con justicia de aquellos que están unidos a él por la fe, y por lo tanto puede decir, "nuestro Hacedor es nuestro esposo"

Y aquí vayamos a la ley y al testimonio. ¿Qué dice la Escritura? "Que la esposa procure reverenciar a su esposo". Es, sin duda, el deber de las mujeres casadas tener un alto concepto de sus maridos. ¿De quién pueden los maridos con justicia exigir respeto, sino de sus esposas? La expresión del apóstol es enfática. "Que la mujer reverencie a su marido", lo que implica que las mujeres, al menos algunas de ellas, son demasiado propensas a faltarle el respeto a sus maridos; como Mical, la hija de Saúl, despreció a David en su corazón, cuando dijo burlonamente, 2 Sam. 6:20, "¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre sin decoro un cualquiera!"

Esta es una fuente y manantial, de donde manan con frecuencia muchos males domésticos. Las mujeres deben recordar el carácter que sostienen los maridos en las Escrituras. Ellos son para ellos lo que Cristo es para la iglesia. Y se menciona en honor de Sara, que ella llamó a Abraham "Señor". "¿Tendré un hijo en la vejez, siendo mi Señor también viejo?" Es notable que solo hay dos buenas palabras en toda esa oración, "mi Señor", (porque todas las demás son el lenguaje de la incredulidad) y, sin embargo, el Espíritu Santo menciona esas dos palabras para su honor eterno, y las entierra, por así decirlo, dejando el resto en el olvido. "Así como Sara (dice San Pedro) obedeció a Abraham, llamándolo Señor". Prueba evidente de lo agradable que es a los ojos de Dios que las mujeres en estado de casadas reverencien y respeten a sus maridos.

No es que los maridos, por lo tanto, deban enseñorearse de sus esposas, o exigir demasiado respeto de su parte. Esto sería anticristiano, así como poco generoso, de hecho. Más bien deberían, ya que Dios ha tenido tanto cuidado de mantener su autoridad, ordenando a sus esposas que los reverenciaran y respetaran; deben, digo, ser doblemente cuidadosos, para vivir tan santos e intachables, que no pongan a sus esposas bajo la tentación de despreciarlos. Pero volviendo de esta digresión, ¿Dice el apóstol: "Procure la mujer reverenciar a su marido"? ¿No puedo aplicar pertinentemente esta advertencia a ustedes que están casados con Jesucristo? Procura reverenciar y respetar a tu esposo. Digo, encárgate de eso. Porque el diablo a menudo te estará sugiriendo pensamientos duros y mezquinos contra tu esposo. Fue así como acosó a nuestra madre Eva, incluso en un estado de inocencia. De buena gana la persuadiría para que albergara pensamientos duros sobre su glorioso benefactor: "¿Qué, ha dicho Dios, que no comeréis de los árboles del jardín?" ¿Ha sido tan cruel al ponerte aquí en un hermoso jardín solo para molestarte y fastidiarte? Hizo uso de esto como una entrada para todas sus insinuaciones posteriores.

Y este oficio lo sigue persiguiendo, y lo seguirá haciendo hasta el final de los tiempos. Además, a los ojos del mundo, Jesucristo no tiene forma ni atractivo para que lo deseen; y por tanto, a menos que “veléis y oréis”, seréis llevados a la tentación, y no tendréis pensamientos tan elevados de vuestro bendito Jesús como él justamente lo merece. En esto nunca se puede exceder. Las mujeres, tal vez, a veces pueden tener en alta estima y, por exceso de amor, idolatrar sus comodidades terrenales. Pero es imposible que pienses demasiado en tu esposo celestial, Jesucristo.

Además, ¿qué dice el apóstol en su epístola a los Efesios? Hablando del estado matrimonial, dice: “La mujer es gloria de su marido”; como si hubiera dicho que una esposa cristiana debe comportarse y andar de tal manera que sea un honor para su esposo. Como Abigail era un honor para Nabal, y con su dulce comportamiento compensaba, hasta cierto punto, el comportamiento reprochable de su marido. Esto es ser una ayuda idónea, de hecho. Tal mujer será alabada en la puerta; y su marido obtendrá gloria, y sea honrado por ella. ¿Y debe ser la mujer gloria de su marido? ¿Cuánto más debes tú, que eres la esposa del Cordero, vivir y andar de tal manera que glorifiques y ganes respeto a la causa y los intereses de tu esposo Jesús? Esto es lo que supone en todas partes el apóstol, cuando traza un paralelo entre el matrimonio temporal y el espiritual. “La mujer es la gloria de su marido, así como la iglesia es la gloria de Cristo”. De acuerdo con esto, le dice a los Corintios: “Ya sea que coman o beban, o cualquier otra cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios”; y como también habla a los tesalonicenses, 1 Tes. 2:11–12, “Como sabéis que os exhortamos, consolamos y mandamos a cada uno de vosotros (como un padre hace a sus hijos) que andéis como es digno de Dios, que os ha llamado a su reino y a su gloria”. ¡Qué expresión hay aquí! “Para que andéis como es digno de Dios”.

¡Oh! ¡Oh, creyentes!, ¿cómo deberían este y otros textos semejantes estimular vuestras mentes puras, oh creyentes, para que tengáis vuestra conversación en este mundo, a fin de que seáis lo que el apóstol dice que eran algunas personas en particular, sí, “la gloria de Cristo”? Vosotros sois su gloria; se regocija sobre ti con cánticos; y debéis andar de tal manera que todos los que os conozcan y oigan, glorifiquen a Cristo en vosotros.

La sujeción, es otro deber, que se ordena a las mujeres casadas, en la palabra de Dios. Deben “estar sujetas a sus propios maridos en todo”. Todo lo lícito: “Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia”. Y sabiendo cuán ineptas serían algunas mentes bajas para someterse a la autoridad del esposo, él se encarga de hacer cumplir este deber de sujeción con muchos argumentos convincentes y poderosos. “Porque Adán fue hecho primero, y no Eva. Ni el hombre fue hecho para la mujer, sino la mujer para el hombre”. Y otra vez, “El hombre no fue el primero en la transgresión, sino la mujer”. Por lo cual, se le impuso la sujeción como parte de su castigo. “Tu deseo (dice Dios) será para tu marido, y él se enseñoreará (aunque no tiranizará) de ti”.

Entonces, para usar las palabras del piadoso Sr. Henry, aquellos que intentan usurpar la autoridad sobre sus maridos, no solo contradicen un mandato divino, sino que frustran una maldición divina.

Y si las mujeres han de estar sujetas en todo a sus maridos, cuánto más los creyentes, sean hombres o mujeres, deben estar sujetos a Jesucristo, porque él es la cabeza de la iglesia. Él la ha comprado con Su sangre. Los creyentes, por lo tanto, no son suyos, sino que están bajo las más altas obligaciones de glorificar y obedecer a Jesucristo, en sus cuerpos y en sus almas, que son suyas. Añádase a esto que su servicio, como está admirablemente expresado en una de nuestras colectas, es perfecta libertad. Sus mandamientos santos, justos y buenos, y, por lo tanto, es su mayor privilegio, oh creyentes, someterse a ellos y obedecerlos. Los esposos terrenales pueden ser tan malos como para imponer algunas cosas a sus esposas, simplemente para mostrar su autoridad; pero no es así con Jesucristo. Él no puede imponer ni impone nada, sino lo que conduce inmediatamente a nuestro bien presente, así como al futuro. Al hacer, es más, al sufrir por Jesucristo, hay una recompensa presente inefable, y por eso puedo decir a los creyentes, como dijo la bendita Virgen a los sirvientes en las bodas de Caná: "Todo lo que él os diga, hacedlo". "Porque su yugo es fácil y ligera su carga". Y creo que podría probarse fácilmente en unos pocos minutos, que todos los desórdenes que ahora hay en el mundo, ya sea en la iglesia o en el estado, se deben a la falta de ser universal, unánime, alegre y perseverantemente conformados a las leyes y ejemplo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Una vez más, la fidelidad en el estado matrimonial se ordena estrictamente en las Escrituras de la verdad. "Honroso sea en todo el matrimonio, y el lecho sin mancha. Pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios". Aún más, el adulterio es una iniquidad que debe ser castigada por los jueces terrenales, disolviendo la relación matrimonial. "Porque el varón no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer; ni la mujer tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el hombre". A los paganos mismos se les ha enseñado esto por la luz de la naturaleza; y el adulterio, entre algunos de ellos, se castiga con la muerte inmediata. ¿Y si deben las personas casadas tener tanto cuidado de mantener el lecho conyugal sin mancha, con qué cuidado entonces deben los creyentes mantener sus almas castas, puras y sin mancha, ahora que están desposados con Jesucristo? Porque existe tal cosa como el adulterio espiritual; "¡Oh, adúlteros y adúlteras!", dice Santiago. Y Dios se queja con frecuencia de que su pueblo se está prostituyendo. Por eso es que San Juan, de la manera más entrañable, exhorta a los creyentes a "guardarse de los ídolos". Porque los deseos de los ojos, los deseos de la carne y el orgullo de la vida, están siempre dispuestos a robar nuestro corazón a Jesucristo. Y cada vez que ponemos nuestros afectos en algo más que en Cristo, indudablemente cometemos adulterio espiritual, porque admitimos una criatura para rivalizar con el Creador, que es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos de los siglos. "Hijitos, pues, guardaos de los ídolos."

Pero es hora de que me acerque al final de este encabezado. La fecundidad fue una bendición prometida por Dios a la primera feliz pareja; "Creced y multiplicaos, y henchid la tierra". "He aquí, los hijos, y el fruto del vientre, (dice el salmista) son un don y una herencia, que viene del Señor." Y así, si estamos casados con Jesucristo, debemos ser fructíferos. ¿En qué? En toda buena palabra y obra, porque esto dice el Apóstol, en su epístola a los Romanos: "Por tanto, hermanos míos, también vosotros sois muertos a la ley, por el cuerpo de Cristo, para que os caséis con otro, aun al que ha resucitado de entre los muertos". ¿Qué sigue? "Para que llevemos fruto a Dios". Palabras gloriosas, y apropiadas para ser consideradas de una manera peculiar, por aquellos que querrían hacer estallar la doctrina de la libre justificación, como una doctrina antinomiana, y como si destruyera las buenas obras. No, establece y pone un fundamento sólido sobre el cual edificar la superestructura de las buenas obras. Por lo tanto, a Tito se le ordena "exhortar a los creyentes a tener cuidado de mantener buenas obras". Y "en esto (dice nuestro Señor) es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos", con multitud de pasajes con el mismo fin.

Además, se requiere de las esposas que no solo amen y reverencian a sus esposos, sino que también amen y respeten a los amigos de sus esposos. Y si estamos casados con Jesucristo, no solo reverenciaremos al novio, sino que también amaremos y honraremos a los amigos del novio. "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros". "En esto sabemos (dice el discípulo amado) que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos". Observad, hermanos, indistintamente, de cualquier denominación. Y este amor debe ser "sin disimulo y con fervor, de corazón puro". Este fue el caso de los cristianos primitivos, eran todos de un mismo corazón y de un mismo parecer. Se dijo de ellos (¡Ojalá se pudiera decir de nosotros!): "¡Mirad cómo se aman estos cristianos!". Eran del mismo espíritu que una buena mujer de Escocia, que, al ver una gran multitud, como es costumbre en el país, que venía de varias partes para recibir el santísimo sacramento, los saludó con un "Adelante, benditos del Señor, tengo una casa para cien de vosotros, y un corazón para diez mil". Vamos y hagamos lo mismo.

Una vez más. Las personas que están casadas, se toman para bien o para mal, para ser ricos o pobres, para amarse y cuidarse mutuamente en la enfermedad y en la salud. Y si estamos casados con Jesucristo, estaremos dispuestos a llevar su cruz, así como a llevar su corona. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Tampoco serán obligados a hacer esto, como lo fue Simón de Cirene, sino que serán voluntarios en su servicio; ellos gritarán, Corónenlo, corónenlo, cuando otros están gritando, "Crucifícale, crucifícale". Nunca lo dejarán ni lo abandonarán, sino que seguirán voluntariamente al Capitán de su salvación, aunque sea a través de un mar de sangre.

Podría llevar el paralelo aún más lejos, y también extenderme sobre las sugerencias ya dadas; pero me temo que ya he dicho lo suficiente como para reprochar a la mayoría de los creyentes. Estoy seguro de que he dicho más que suficiente para avergonzarme y reprocharme a mí mismo. ¡Ay! ¿Cuán vil, traicionera e ingratamente nos hemos comportado con nuestro esposo espiritual, el amado Señor Jesús, desde el día de nuestros esponsales? Si nuestros amigos, o incluso las esposas de nuestro propio corazón, se hubieran comportado con nosotros como nos hemos comportado con nuestro gran y mejor amigo, nuestro glorioso esposo, habríamos roto nuestra amistad y solicitado una carta de divorcio hace mucho tiempo. Bajo nuestro primer amor, ¿qué promesas le hicimos? Pero, ¿cuán perversamente nos hemos comportado en este pacto? ¿Cuán poco lo hemos reverenciado? ¿Cuántas veces nuestro Amado no ha sido para nosotros más que otro amado? ¿Cuán poco hemos vivido para Su gloria? ¿No hemos sido vergüenza y oprobio para Su evangelio? ¿No lo hemos crucificado de nuevo, y no ha sido gravemente herido en casa de Sus amigos? Es más, ¿no ha sido blasfemado Su santo nombre por nuestros medios? ¡Ay! ¿Cuán poco le hemos obedecido? ¿Cuán descuidados e indiferentes hemos sido, ya sea que lo agradecemos o no? Muchas veces hemos dicho, en efecto, cuando él nos manda ir a trabajar en su viña: Vamos, Señor; ¡pero Ay! no fuimos, o si fuimos, ¿con qué desgana ha sido? ¿Qué tan poco dispuestos a velar con nuestro querido Señor y Maestro, sólo una hora? Y de sus días de reposo, ¿cuántas veces hemos dicho: ¿Qué fatiga es esta? En cuanto a nuestros adulterios y fornicaciones espirituales, ¿cuán frecuentes, cuán agravados han sido? ¿No se ha permitido que ídolos de todo tipo llenen la habitación del siempre bendito Jesús en nuestros corazones? Ustedes que lo aman con sinceridad, no se ofenderán si les digo que el capítulo 16 de Ezequiel da, en mi opinión, una descripción viva de nuestro comportamiento hacia nuestro Señor. Fuimos, como niños de mala cuna, echados en el campo para aborrecimiento de nuestras personas: ningún ojo se apiadó ni tuvo compasión de nosotros. Jesús pasó, nos vio contaminados en nuestra propia sangre, y nos dijo: "Vive", es decir, preservados, aun en nuestro estado natural, de la muerte. Y cuando llegó su tiempo de amor, extendió sobre nosotros el manto de Su justicia imputada y cubrió la desnudez de nuestras almas, entró en pacto con nosotros y nos convertimos en suyos. Él también nos lavó con agua, incluso en la fuente de la regeneración, y nos lavó completamente con su sangre preciosa, de la cofradía de todos nuestros pecados. Nos vistió también con telas bordadas, y nos adornó con ornamentos, es decir, con justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. En sus ordenanzas comíamos flor de harina y miel, y nos alimentamos de Jesucristo en nuestros corazones por fe, con acción de gracias.

En resumen, fuimos embellecidos sobremanera, y el reino de Dios se erigió en nuestros corazones. Éramos famosos entre nuestros vecinos por nuestro amor a Dios, y todos los que nos conocen sabían de nosotros que habíamos estado con Jesús. ¡Pero Ay! ¡Cómo hemos caído, los que una vez éramos hijos de la mañana! ¿Cómo hemos confiado en nuestra propia belleza, nos hemos enorgullecido espiritualmente y provocado a ira a nuestro paciente e indescriptiblemente sufrido Señor?

¿Dónde está ese amor ardiente del que hablábamos cuando le decíamos que, aunque muriéramos por él, no lo negaríamos de ninguna manera? ¿Cuán desesperadamente malvados y engañosos sobre todas las cosas hemos demostrado ser nuestros corazones, ya que hemos hecho todas estas cosas, incluso la obra de una mujer imperiosa? Estos son cargos grandes y numerosos; pero por grandes y numerosos que sean, no hay un solo creyente aquí presente, que, si conoce su propio corazón, pueda declararse culpable de algunos o de todos ellos. Pero este es un punto tierno, los veo preocupados, sus lágrimas, oh creyentes, son una prueba de la angustia de sus almas. ¿Y puede alguno de nosotros dar alguna razón, por la cual Jesucristo no debería darnos una carta de divorcio y repudiarnos? Que no nos hable con justicia como lo hizo con su adúltera Israel, en el ya mencionado capítulo 16 de Ezequiel: "Por tanto, oh ramera, escucha la palabra del Señor; Te juzgaré como son juzgadas las mujeres que rompen el matrimonio y derraman sangre. Sangre te daré en furor y en celo, porque no te has acordado de los días de tu juventud, sino que me has irritado en todas estas cosas. He aquí, por tanto, yo también retribuiré tu camino sobre tu cabeza, aun te haré como tú lo has hecho, que menospreciaste el juramento, quebrantando el pacto, el contrato de matrimonio que había entre nosotros". Estoy persuadido de que este es el trato que todos merecemos con más justicia. Pero no os angustiéis con demasiado dolor; porque, aunque el Señor nuestro Dios es un Dios celoso, y ciertamente castigará con vara nuestras ofensas, y con azote espiritual nuestras rebeliones, sin embargo, no quitará del todo su misericordia para nosotros, ni dejará que su verdad falle. Aunque nosotros hayamos cambiado, Él no cambia, Él permanece fiel, Su misericordia permanece para siempre. ¡Escucha con atención! cuán dulcemente habla a su pueblo rebelde de antaño; "Oh Israel, te has destruido a ti mismo, pero en mí está tu ayuda. Sanaré su rebelión y los amaré con generosidad". Y en los versículos que siguen inmediatamente a las palabras del texto, ¡cuán cómodamente se dirige a su pueblo desposado! "En un poco de ira, escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré misericordia de ti, dice el Señor tu Redentor. Porque esto es como las aguas de Noé para mí; porque como he jurado, que las aguas de Noé nunca más pasarían sobre la tierra; así he jurado, que no me enojaré contigo, ni te reprenderé. Porque los montes se moverán y los collados se estremecerán, pero mi misericordia no se apartará de ti, ni el pacto de mi paz será quebrantado, dice el Señor que tiene misericordia de ti". ¡Oh, que esta bondad nos lleve al arrepentimiento! ¡Oh, que este amor inigualable, infinito, inmutable, nos constriña a una obediencia universal, uniforme, alegre, unánime y perseverante a todos los mandamientos de Dios!

Hermanos, mi corazón se ensancha hacia vosotros, y podría detenerme mucho tiempo en las muchas, grandes y preciosas invitaciones que se hacen a los descarriados, para que vuelvan a su primer amor y hagan sus primeras obras; pero ya es hora para mí, si, como se propuso,

**3.** Yo doy a cada uno su porción correspondiente; para hablar a esas pobres almas, que no saben nada de este bendito Esposo de la iglesia, y en consecuencia no pueden decir: "Mi Hacedor es mi esposo".

¡Ay! Te compadezco desde lo más profundo de mi alma; podría llorar por vosotros, aunque quizás vosotros no lloréis por vosotros mismos, pero seguramente llorarías y clamarías también, si supieras la condición miserable en la que están aquellos que no están casados con Jesucristo. ¿Me darán permiso (creo que lo hablo con mucho amor) para informarles que, si no están casados con Jesucristo, están casados con la ley, el mundo, la carne y el diablo, ninguno de los cuales puede hacerte feliz; pero todos, por el contrario, concurren a hacerte miserable. No escuchéis, vosotros que estáis casados con la ley, y buscáis ser justificados delante de Dios, en parte, a lo menos, si no totalmente, por vuestras propias obras, lo que la ley dice a los que están bajo ella, como un pacto de obras? "Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas." Cada palabra respira amenaza y matanza a las pobres criaturas caídas. Maldito, tanto aquí como en el más allá, sea este hombre, y cada uno, engendrado naturalmente de la descendencia de Adán, sin excepción, que no continúe, incluso hasta el final de la vida, en todas las cosas; no sólo en algunas o muchas, sino en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas con la mayor perfección; porque "el que falta en un punto, es culpable de todos". De modo que, de acuerdo con el tenor del pacto de obras, cualquiera que sea culpable de un pensamiento, palabra o acción inicua, está bajo la maldición de un Dios enojado que venga el pecado. "Porque todos los que están bajo la ley, están bajo maldición". ¿Y sabes lo que es estar bajo la maldición de Dios, y tener la ira de Dios sobre ti? Si lo hicieran, creo que no estarían tan dispuestos a divorciarse de la ley y desposarse, como vírgenes castas, con Jesucristo.

¿Y por qué estáis tan casados con el mundo? ¿Resultó alguna vez fiel o satisfactorio para alguno de sus devotos? ¿No ha contado Salomón la suma total de la felicidad mundana? ¿Y a qué equivale? "Vanidad, vanidad, dice el predicador, todo es vanidad", es más, agrega, "y aflicción de espíritu". ¿Y no nos ha informado uno mayor que Salomón que la vida de un hombre, la felicidad de la vida de un hombre, no consiste en las cosas que posee? Además, "no sabéis que la amistad de este mundo es enemistad contra Dios; de modo que cualquiera que quiera ser amigo del mundo (de sus costumbres corruptas y vicios) es enemigo de Dios? ¿Y qué mejores razones puedes dar para estar casado con tus lujurias? ¿No podrían los pobres esclavos en las galeras ser razonablemente atados a sus cadenas? Porque, ¿vuestras concupiscencias no alejan vuestras almas de Dios? ¿No se enseñorean y tienen no señorío sobre vosotros? ¿No dicen: Venid, y venís; Id, y vais; haced esto, y lo hacéis? ¿Y el que vive en el placer no está muerto mientras vive? Y, sobre todo, ¿cómo podéis soportar los pensamientos de estar casados con el diablo, como lo está todo hombre natural? Porque así dice la Escritura: "Él ahora gobierna en los hijos de desobediencia".

¿Y cómo podéis soportar ser gobernados por uno, que es un declarado enemigo del Dios altísimo y santo? ¿Quién hará de ti un esclavo mientras vivas, y será tu compañero en un tormento extremo y sin fin, después de que estés muerto? "Porque así dirá nuestro Señor a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles".

**4.** Permitidme, oh pecadores, que llegue al final de este discurso, para proponer una mejor pareja a vuestras almas. Esta es una parte del discurso al que anhelo llegar, siendo el deseo de mi corazón, y oración ferviente a Dios, que vuestras almas sean salvas. "Y ahora, oh Señor Dios Todopoderoso, Padre de misericordias y Dios de todos los consuelos, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que prometiste dar a tu Hijo por heredad las naciones y los confines de la tierra por su posesión, envíame bendición este día. Oh Señor, envíame ahora prosperidad. He aquí, estoy aquí fuera del campamento, soportando un poco del sagrado reproche de tu amado Hijo. ¡Escúchame, oh Señor, escúchame, y según Tu palabra, deja que tu amado, tu unigénito Hijo, vea el fruto de la aflicción de su alma, y sea satisfecho! ¡Oh, ayúdame, por así decirlo, para que muchos crean y se adhieran a tu bendito y santo hijo Jesús!

Pero, ¿quién soy yo, que debo comprometerme a recomendar al bendito Jesús a otros, siendo completamente indigno de tomar Su sagrado nombre en mis labios contaminados? En verdad, hermanos míos, no me considero digno de tal honor; pero como a Él, en quien habita toda plenitud, le ha placido tenerme por digno y ponerme en el ministerio, las mismas piedras clamarían contra mí, si no intentara, al menos, balbucear Su alabanza, y con fervor recomendar al siempre bendito Jesús a la elección de todos.

Así se comportó el siervo fiel de Abraham, cuando fue enviado a buscar esposa para su señor Isaac. Habló de las riquezas y honores que Dios le había conferido; pero ¡qué honores y riquezas infinitamente mayores ha conferido el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús a su único Hijo, a quien ahora invito a todo pecador sin Cristo! A vosotros, por tanto, os llamo, oh hijos de los hombres, asegurándoos que en Jesús hay todo lo que vuestros corazones pueden desear, o tener hambre y sed. ¿La gente, al disponer de sí misma o de sus hijos en matrimonio, codicia generalmente ser emparejada con personas de grandes nombres? Que esta consideración sirva de motivo para animaros a unirlos a Jesús, porque Dios Padre le ha dado un nombre sobre todo nombre, sobre su vestidura y sobre su muslo tiene escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores; y en este texto se nos dice: "Jehová de los ejércitos es su nombre". Tampoco tiene un título vacío, sino un poder equivalente; porque Él es un príncipe, así como un Salvador. "Toda potestad le es dada, tanto en el cielo como en la tierra", "El Dios de la tierra, (dice nuestro texto) será llamado". El gobierno de los hombres, de la iglesia y de los demonios, es puesto sobre sus hombros: "Tronos, principados y potestades están sujetos a Él; por Él reinan los reyes, y los príncipes dictan justicia; a uno levanta, y a otro destruye; y su reino no tendrá fin."

¿Serán las riquezas un incentivo para que vengas y te unas a Jesús? Entonces, puedo decirte que las riquezas de Jesús son infinitas, porque a mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me es dada esta gracia de anunciar a los pobres pecadores las inescrutables riquezas de Jesucristo. Os apelo a vosotros que sois sus santos, si no habéis encontrado esto verdadero, por feliz experiencia; y aunque algunos de ustedes pueden haberlo conocido hace treinta, cuarenta, cincuenta años, ¿no encuentras que Sus riquezas son aún inescrutables, y tan inescrutables, como lo fueron desde el primer momento en que le diste tu corazón?

¿Te emparejarías con un marido sabio? Apresuraos pues, pecadores, venid a Jesús: Él es la fuente de la sabiduría, y hace sabios para la salvación a todos los que a él vienen: "Él es la sabiduría del Padre, el Señor lo poseyó al principio de su camino, antes sus obras. Cuando preparó los cielos, él estaba allí; cuando dispuso los cimientos de la tierra, entonces estaba con él, como criado con él; era su delicia de día en día, regocijándose siempre delante de él". Como es sabio, es santo; y, por lo tanto, en las palabras de nuestro texto, es llamado, "El Redentor, el Santo de Israel": y por el ángel Gabriel, "Esa Cosa santa". Los apóstoles, dirigiéndose a Dios Padre, le dicen: "su santo hijo Jesús", y los espíritus de los justos hechos perfectos, y los ángeles en el cielo, no cesan de día ni de noche, diciendo: "Santo, santo, santo". Tampoco su belleza es inferior a su sabiduría o santidad; los serafines velan sus rostros, cuando aparecen ante Él: "Él es el principal entre diez mil, es más, él es todo encantador". Y, como es del todo amable, también es del todo amoroso, su nombre y su naturaleza es Amor. Dios, Dios en Cristo es amor, amor en abstracto. Y en esto ha manifestado su amor, en que, siendo aún pecadores, grandes enemigos, Jesús, a su debido tiempo, murió por los impíos. Él nos amó para darse a sí mismo por nosotros. ¡Oh, qué clase de amor es este! ¡Qué fue el amor de Jacob por Raquel, en comparación con el amor que Jesús tuvo por un mundo que perecía! Se hizo maldición por nosotros, porque está escrito: "Maldito todo varón que es colgado en un madero". Lo que Séfora le dijo incorrectamente a su esposo, Jesús puede decirlo correctamente a su esposa, la iglesia: "Una esposa de sangre has sido para mí a causa de la crucifixión", porque Él la ha comprado con su propia sangre, y habiendo amado una vez a Su pueblo, los ama hasta el fin. Su amor, como él mismo, es desde la eternidad hasta la eternidad. Odia el rechazo: aunque nosotros cambiemos, él no cambia, él permanece fiel. Cuando nos casamos aquí, viene esa cláusula impactante, para usar las palabras del santo Sr. Boston, "Hasta que la muerte nos separe", pero la muerte misma no separará a un verdadero creyente del amor de Dios, que es en Cristo Jesús su Señor, porque nunca dejará de amar a su Esposa, hasta que la haya amado hasta el cielo, y la haya presentado ante su Padre, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante. No, su amor, por así decirlo, será sólo un principio, a través de las edades sin fin en la eternidad.

Y ahora, señores, ¿qué decís? ¿Le hago la pregunta que le hicieron los parientes de Rebeca ante una propuesta de matrimonio? ¿Irás con el hombre? ¿Con el Dios-hombre, este infinitamente grande, este infinitamente poderoso, este todo sabio, todo santo, todo encantador, siempre amoroso Jesús? ¿Qué objeción tienes que hacer contra una oferta tan amable? Uno se imaginaría, no tenías ni uno solo; pero es de temer, a través de la prevalencia de la incredulidad, y la corrupción de vuestros corazones desesperadamente malvados y engañosos, estáis listos para instar a varios. Me parece escuchar a algunos de ustedes decir dentro de sí mismos: "Nos gusta la propuesta, pero ¡ay! somos pobres", ¿tanto eres? Si eso es todo, pueden, no obstante, ser bienvenidos a Jesús, "¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para hacerlos ricos en la fe y herederos de Su reino eterno?" ¿Y qué dice aquel Salvador, a quien ahora os invito? "Bienaventurados los pobres en Espíritu, porque allí está el reino de los cielos". ¿Y qué dice su Apóstol acerca de él? "Siendo rico, se hizo pobre por amor a nosotros, para que nosotros fuésemos enriquecidos con su pobreza, pero decís tú: "No sólo somos pobres, sino que estamos endeudados; le debemos a Dios diez mil talentos, y no tenemos nada que pagar;" pero eso no tiene por qué detenerte, porque Dios Padre del Señor Jesús, su amadísimo Hijo, ha recibido el doble por todos los pecados de los creyentes; la sangre de Jesús los limpia de todos. Pero tú estás ciego, miserable y desnudo; ¿A quién, pues, debéis acudir en busca de socorro, sino a Jesús, que vino a abrir los ojos de los ciegos, para buscar y salvar a los miserables y perdidos, y vestir a los desnudos con su justicia perfecta e inmaculada? Y ahora, ¿qué puede impedir vuestros esponsales con el amado y siempre bendito Cordero de Dios? Sólo sé una cosa, ese terrible pecado de la incredulidad, pero este es mi consuelo, Jesús murió por la incredulidad, así como por otros pecados, y ha prometido enviar el Espíritu Santo para convencer al mundo de este pecado en particular: "Si no me voy, el Consolador no vendrá a ti; pero si me voy, enviaré al Consolador, y él convencerá al mundo del Hijo". ¡Qué pecado de incredulidad!: "porque no creen en mí". Oh, que esta promesa se cumpla de tal manera en vuestros corazones, y Jesús se convierta en el autor de la fe divina en vuestras almas, que podáis enviarme el mismo mensaje que una buena mujer en Escocia, en su lecho de muerte, envió por una amiga: "Dile, (dice ella) para su consuelo, que en tal tiempo me casó con el Señor Jesús". Esto sí que sería un consuelo.

No es que podamos casarte con Cristo, no, el Espíritu Santo debe atar el nudo matrimonial, pero tal honor tienen todos los ministros de Dios; bajo él desposan a los pobres pecadores con Jesucristo. "Te he desposado (dice San Pablo) como una virgen pura con Jesucristo". Oh, si pudieras decir: Iremos con el hombre; entonces inclinaré mi cabeza, como lo hizo el siervo de Abraham, e iré con alegría y le diré a mi Señor, que no ha dejado a su pobre siervo desamparado este día: entonces me regocijaré en tu felicidad.

Porque sé que mi Maestro os llevará a la casa del banquete de sus ordenanzas, y su estandarte sobre vosotros será el amor. Para que este sea el feliz caso de todos vosotros, que el glorioso Dios conceda, por amor a Jesús, a su amadísimo Hijo, como el glorioso esposo de su iglesia, a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria, ahora y por los siglos de los siglos. Amén y Amén.

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)